

Segundo Domingo de Pascua: La Divina Misericordia A2023

Hoy celebramos el Domingo de la Divina Misericordia. El Domingo de la Divina Misericordia nos recuerda que nuestro Dios es compasivo y misericordioso. Su misericordia es más grande que nuestros pecados y su compasión más grande que nuestras faltas. Es por su gracia que vivimos y por su amor que nos reunimos como su cuerpo, la Iglesia.

Desde el principio de la creación, Dios mostró su misericordia y amor al enviar a su hijo Jesús al mundo para ser nuestro salvador. Jesús mostró la misericordia y el amor del Padre al morir en la cruz por nuestra salvación. Llegado el momento de su pasión, siendo preso, los discípulos se dieron a la fuga y el valeroso Pedro que lo seguía de lejos lo denegó. Todos siguieron escondiéndose por miedo a los judíos.

Pero, después de que nuestro Señor resucitó de entre los muertos, todo cambió. Los Hechos de los Apóstoles dicen que estaban unidos en una vida comuna, entregados a las enseñanzas de los Apóstoles, a la fracción del pan ya la oración. La enseñanza de los apóstoles, que es la continuación de la enseñanza de Jesús, la fracción del pan, es decir, la Eucaristía y la oración, son los pilares sobre cuales se funda la vida de la Iglesia.

La palabra de Jesús, la Eucaristía y la oración, dan a la Iglesia su pleno sentido como comunidad de creyentes. Donde estos no se toman en serio, la Iglesia se vuelve como cualquier otra reunión o asociación. Esto es cierto no solo para la iglesia en general, sino también para la iglesia doméstica, que es la familia. Cuando una familia no se lleva bien, cuando sus miembros no oran juntos y no escuchan la palabra de Jesús, abren la puerta a la disputa ya la dislocación.

La unidad de la Iglesia está asegurada por la presencia del Espíritu Santo. El Espíritu Santo inspira en la Iglesia diversos dones para que sus miembros se pongan al servicio de los demás para la edificación del cuerpo de Cristo. El Espíritu Santo obra en el corazón de la iglesia para el crecimiento de la palabra de Jesús. El Espíritu Santo sostiene a la Iglesia en su oración para que se haga en el espíritu de Jesús. Y es el Espíritu Santo quien guía a la Iglesia en la celebración de la Eucaristía y en cualquier actividad ofrecida en el nombre de Jesús.

Entonces, tiene sentido que el primer don que Cristo Resucitado da a su discípulo es el Espíritu Santo. Donde reina el Espíritu Santo, allí reina la paz. La paz que el Señor da a su discípulo nace del perdón. Sin perdonarnos unos a otros y sin perdonar el mal que nos han hecho, nunca tendremos paz. El perdón nace de las heridas. Por eso nuestro Señor les mostró las cicatrices de sus manos y de su costado. Esas cicatrices son las marcas de sus heridas, las heridas del rechazo de quienes lo crucificaron y las heridas de la negación y la traición de sus discípulos. Nuestro Señor les aseguró que los había perdonado. La paz, en efecto, nos llega sólo cuando aceptamos perdonar las heridas que nos infligen.

Nuestro Señor quiere que vivamos en paz y que tengamos paz. Quiere que tengamos la paz de corazón que nada ni nadie nos puede dar en este mundo. Tal paz surge de la reconciliación con el Padre y nuestros semejantes. Así comprendemos por qué nuestro Señor da a sus discípulos el poder de perdonar y retener los pecados. No lo hacen por su cuenta, sino en su nombre. Son sus representantes ante sus hermanos y hermanas. Prolongan su misericordia y perdón a aquellos que necesitan la compasión de Dios.

Es en ese sentido que tenemos que entender la importancia del sacramento de la reconciliación. Al dar la orden a sus discípulos de perdonar los pecados, nuestro Señor instituye el sacramento de la reconciliación. Da a los apóstoles un ministerio para que lo ejerzan en su nombre por el bien de toda la Iglesia. Al dar el sacramento de la reconciliación, nuestro Señor viene al rescate de nuestra pecaminosidad y debilidad para que contemos con la misericordia de Dios. Sin el perdón de Dios en el sacramento de la reconciliación, estamos perdidos. Esta es la razón por la que nuestro Señor da este sacramento para que nos reconciliemos con nuestro Dios, unos con otros y con nosotros mismos.

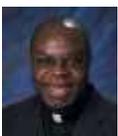
El sacramento de la reconciliación requiere que nos volvamos en fe a nuestro Señor; le presentamos nuestra debilidad y confesamos que lo necesitamos a él ya su misericordia porque sin él nada podemos hacer. Sin fe no podemos acercarnos adecuadamente a nuestro Señor y comprender cómo opera en este sacramento. Entonces, quedan claras las palabras de San Pedro: “Aunque no lo hayan visto, lo aman; aunque ahora no lo vean, pero creen en él, se alegran con un gozo indescriptible y glorioso, al alcanzar la meta de su fe, la salvación de sus almas”.

La fe no es creer sin pruebas, sino confiar sin reservas. La prueba trata de cosas materiales; mientras que la confianza pertenece al orden de la confidencia. La confianza se justifica sobre la base de la convicción de que no me equivoco al confiar en la palabra del testimonio que se me ha dado.

Esto es lo que le faltaba a Tomás como escuchamos en el Evangelio de hoy. Quería ver antes de creer. No confió en el testimonio de sus amigos que le dijeron que habían visto al Señor resucitado. Para Tomás la fe debe ser probada por hechos para ser creíble. El testimonio dado por sus amigos no tenía para él el valor de la verdad a menos que él mismo experimentara la verdad. Y, sin embargo, la resurrección de Jesús, que es el fundamento de nuestra fe, no pertenece al ámbito de la prueba, como se hace con los hechos científicos. Hay que abordarlo con fe y confianza en que Dios, que es fiel a sí mismo, no podía dejar a Jesús en el sepulcro para siempre.

Por eso el reproche de Jesús a Tomás, “no seas incrédulo, sino cree”, es una advertencia para cada uno de nosotros. Es también una indicación de que la fe es, ante todo, una cuestión de confianza en la palabra de Dios y en el testimonio de quienes han sido sus seguidores desde el principio. La fe nunca puede basarse en lo que se ve, sino en la aceptación del testimonio de los primeros testigos presenciales de la vida, muerte y resurrección de nuestro Señor. Necesitamos esta fe hoy más que nunca. Abramos nuestro corazón al don de la fe. Acerquémonos con confianza ante el Señor y pidámosle que nos perdone nuestros pecados en el sacramento de la reconciliación.

Hechos 2: 42-47; 1 Pedro 1: 3-9; Juan 20: 19-31



Fecha de la Homilía: el 16 de Abril, 2023
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230416homilia.pdf